

5-10-1959

ALTAMIRA

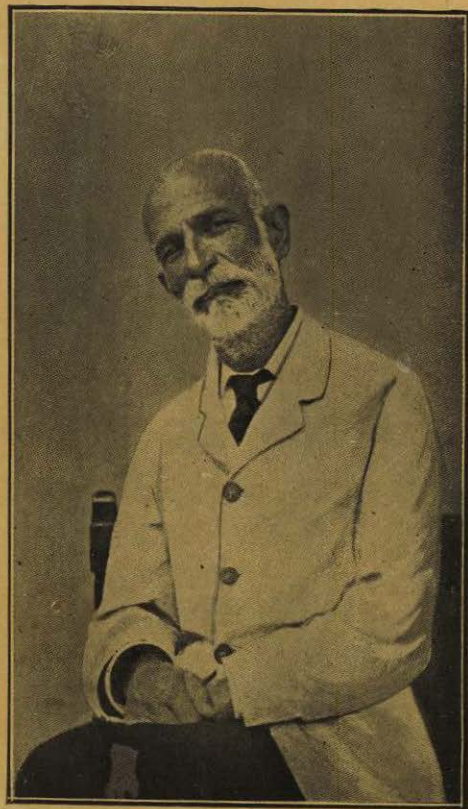
GINER  
DE LOS  
RIGS  
DUCADO

PQ6601  
.L7  
G5

R. C.



1020027481



D. FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS EN 1905

GINER DE LOS RÍOS

EDUCADOR

GINER DE LOS RÍOS EDUCADOR



RAFAEL ALTAMIRA

# GINER DE LOS RÍOS

EDUCADOR



PROMETEO

SOCIEDAD EDITORIAL

Germanías, F. S.—VALENCIA

85980

16140

C  
923  
PA 6601  
.47  
95

G



FONDO  
RICARDO CIVARRUBIAS

## PRÓLOGO

Las páginas de este libro fueron escritas en aquellos días de dolor que siguieron á la muerte de Giner, como un desahogo del alma herida, como satisfacción de una necesidad irreprimible de decir á las gentes algo de lo que se agolpaba en el espíritu de un hombre que amaba al maestro y cree haber sido fiel á lo substancial de su doctrina. Ninguna preocupación retórica ni de público se mezcló al espontáneo surgir de estas observaciones y noticias. Tal como fueron saliendo de la pluma, se repartieron después (porque así lo exigían, juntamente, urgencias periodísticas y deber de llevar á las tierras hermanas de América el eco de esta desgracia nacional que hemos sufrido) entre diferentes publicaciones de aquellos países. Ahora se juntan de nuevo como homenaje á la memoria de aquel que nos pidió—según dice Machado—«un duelo de labores y esperanzas», y con el deseo de que puedan servir para encender, en el fuego del ideal que las calienta, algunos espíritus aun libres del escepticismo ó la egolatría.

Madrid, Marzo de 1915.

## PROLOGO

Las páginas de este libro fueron escritas en aquellos días de dolor que siguieron a la muerte de Giner, como un destello del alma que, en su momento de necesidad, se levantó a la vida y se puso a escribir para que se hiciera en el mundo de los hombres un acto de justicia y de paz. Este libro es el resultado de un trabajo que se hizo en el momento de la muerte de Giner y que se publicó en forma de libro en el momento de su muerte. Este libro es el resultado de un trabajo que se hizo en el momento de la muerte de Giner y que se publicó en forma de libro en el momento de su muerte.

## GINER Y SUS DISCÍPULOS



cisma y base del poder Temporal de los Papas<sup>3</sup>  
y de su supremacía como Obispo de Roma  
El símbolo de Nicea resultó alterado  
en el Concilio de Toledo.

128.

miraban, á más de trigo, aceite; hasta fel  
punto, y <sup>con</sup> las varijas de barro en q.<sup>ta</sup> se ensieba,  
se formó en Roma una verdadera montaña  
el Capitolio, de donde le viene el nombre.

129.

9.<sup>o</sup> el puente de Alcántara, de Julio  
César construyó.

136.

Los griegos conocieron otros techos q.<sup>los</sup> aplausos  
y. Fianzas de los Atóns, o como se le

Antes de la conquista de Grecia, en 146 a.C  
la toma de Corinto tuvo todos los ordenes; y la de  
Grecia poco influyó en este concepto.

137.

su nombre es mamposte, mampostería; y  
el de la arcamata, horruifon.

Los arcos no iban <sup>140.</sup> siempre adornados con relieves  
y estatuas, debe decirse que á veces sí.

AUTÓGRAFO DE D. FRANCISCO GINER

Notas á un libro



## Giner y sus discípulos

**A**CABA de morir uno de esos hombres extraordinarios en quienes, de tiempo en tiempo, condensa la humanidad los más puros y admirables triunfos de su ascensión penosa hacia la bondad, el desinterés y el culto de lo verdadero. Cada país da esa condensación según conviene á las notas fundamentales de su espíritu, á lo que en el proceso de su historia fué destilando y condensando como lo más genuino y propio de su personalidad; y así son ellos, á la vez que modelos humanos, hombres representativos de la individualidad de su pueblo, en lo que cada uno puede ofrecer de más alto y aprovechable para la obra común de civilización.

Don Francisco (no me resuelvo á llamarle sino

como le llamábamos siempre los que gozamos de su intimidad) ha sido ese hombre para España en la segunda mitad del atormentado siglo XIX y el comienzo del desconcertante siglo XX. Para encontrarle alguien que se le parezca entre nosotros (en esa necesidad de las explicaciones por comparación, tan claras para la mayoría de los hombres), sería preciso dar un gran salto atrás hasta encontrarse con Jovellanos, con quien, en efecto, tuvo semejanzas morales é intelectuales, más de aquéllas que de éstas, no obstante los muy diferentes órdenes de vida en que uno y otro actuaron. Este paralelo es, por de contado, muy parcial; no cabe darlo por exacto sino en algunos particulares de las dos personas comparadas, y realmente sólo se puede sostener su pertinencia pensando en la impresión general de honradez, de dulzura, de sano patriotismo, que surge de la figura de Jovellanos. Pero en cuanto se quiere precisar y detallar en punto á la modalidad misma de esas cualidades, la semejanza va desvaneciéndose, como la diferencia de tiempos haría pensar *a priori*.

Me importa, sin embargo, mantenerla, para conducir con alguna facilidad al conocimiento de lo que era don Francisco, cosa que tal vez por otros procedimientos de explicación resultase sólo comprensible para quienes ya lo conocían. Esa nota moral que coloco en primer término, lo define en lo que había en él de más substancial y propio. En efecto, no era don Francisco, ante todo y sobre

todo—como quizá muchos piensen, entre ellos no pocos de sus colegas profesionales—, un profesor más ó menos sabio, un pensador más ó menos profundo, un hombre de varia é intensa cultura. Todo esto, con tenerlo en gran medida, no estaba, dentro de su personalidad, en primer plano. Superior á la mayoría de sus contemporáneos en esas cosas, no eran ellas lo superior en su espíritu. Por eso no cabe clasificarlo entre los «intelectuales», palabra que hoy se emplea á troche y moche para designar cosas diferentes de las que corresponden á su natural significación, desconocida para la mayoría de quienes la usan y aplican á otros. Para don Francisco, la «inteligencia» no era lo primero en nuestra vida; y por eso sin desconocer (antes poniéndolo de relieve á cada paso) el valor que el saber tiene para el hombre, no le subordinaba el resto de las cosas que en él hay y juegan en su vida. Mucho menos podía tolerar que la potencia intelectual y el caudal de saber adquirido, se tomasen y utilizasen como instrumento de ostentación, como materia de juegos brillantes y cubileteos aparatosos, sin respeto á la verdad y á la intención ética que en el fondo de todo acto humano reclama el puesto director que le corresponde; y por eso estimaba medianamente á los que orientaban así su vida, secando, al calor de la exaltación intelectual, otras fuentes más puras y necesarias al vivir.

Lo importante para don Francisco, como para

todos los moralistas, era la conducta. El saber es en ella la luz que alumbraba el camino y permite orientar sin error, ó con menos error, el hacer, tanto en la esfera individual como en la social. Disociadas ambas cosas, por muy alta que sea aquélla, poco vale, si no es que vale para torcer más la conducta, con mayor habilidad y amplitud de recursos que lo haría un ignorante ó un hombre dotado de escasa inteligencia. Lo que principalmente le preocupaba en el orden del saber á don Francisco, era el más santo respeto á la verdad y á las ideas, y el uso que de la fuerza intelectual se hiciese en la vida: y eso era también ética, honradez, la honradez del científico que va desde la más prudente reserva en la investigación y en las afirmaciones á que ella conduce, hasta el respeto á toda conclusión ajena seriamente formulada y á toda rectificación que la realidad traiga á nuestras más queridas convicciones, á nuestros más halagadores prejuicios.

Por eso lo que sus discípulos (sus discípulos digo, no sus alumnos) han recogido de él y lo que él les daba principalmente, era la regla de conducta, que en el conocer se llama método, rigor lógico, espíritu científico, flexibilidad de criterio, y en moral austeridad, desinterés, pureza, justicia, tolerancia. Lo que en este orden representa la acción de don Francisco, supera en cien codos á lo que representan sus libros y sus lecciones de cátedra en punto á materia jurídica, filosófica y aun pedagó-

gica, ó las continuas sugerencias con que generosamente fecundaba la labor científica de otros, en espléndido obsequio de ideas que no se agotaban nunca, y cuyos despojos han bastado para enriquecer la obra de muchos.

Esa nota característica de don Francisco es la que distingue su acción sobre España de la del otro gran hombre que con él comparte el principado de nuestra dirección espiritual moderna. Me refiero á Joaquín Costa. Costa y Giner son los dos cerebros que más han sembrado para la España presente y futura; pero no cabe compararlos, porque su campo era muy diferente. En rigor, Costa (salvo el efecto de reacción que todo hombre superior produce en algunos de sus contemporáneos, y el doctrinal que produjo en algunas disciplinas por él cultivadas, todo ello de escasa área de difusión) lo que dió fué un legado de ideas y planes para nuestro mañana, algo que él no pudo hacer en vida porque no tenía en sus manos los medios para hacerlo y que sus contemporáneos tampoco supieron traducir en realidad: nos dejó un programa de gobierno tan preñado de ideas y soluciones, que de él decía el mismo don Francisco ser cantera que podía alimentar, durante cien años, la actividad de los políticos españoles resueltos á estudiar las necesidades verdaderas del país y á darles satisfacción.

Don Francisco no ha legado nada de eso, y no se puede decir de él propiamente que deje contestación y fórmula para los problemas concretos del

mañana, ni aun obra que los demás puedan realizar como en pura aplicación de recetas específicas individualmente precisadas. La obra de don Francisco fué de presente, hecha en vida, y con él se ha ido, si no es en aquella parte en que lo que logramos comunicar á otra persona, sigue repitiendo en ésta nuestro impulso ó traduciéndose en nuevas fructificaciones. Pero ya no será la obra *suya*, sino una interpretación que la riqueza inmensa de la realidad ha de exigir que cada cual haga, en cada instante, como obra propia, alumbrada tan sólo por una orientación general procedente del maestro. Quiero decir, que don Francisco ha hecho «hombres», y esto es lo que deja y lo que da á la España futura; porque su obra tuvo lo que es propio del educador, cuya gloria y cuya eficacia residen, no en los principios que expone, y que en lo substancial tuvieron siempre predicación y propaganda, sino en los espíritus que forman y que lanzan á la vida como fuerzas que realizarán el ideal y promoverán nuevas vibraciones de él.

De aquí que esa obra *suya* haya sido eminentemente personal y no de influencia de sistema, es decir, que haya procedido, más que de la difusión de sus ideas, de su acción directa, personalísima con los hombres.

Hay un hecho que lo demuestra así plenamente, tanto en el orden ético (fundamental, como hemos visto) cuanto en el de las disciplinas científicas que cultivó y enseñó; y es que su acción eficaz,

educadora, se encuentra, tanto ó más que en lo que suele estimarse como su creación más honda y su medio de influencia más poderoso, la Institución Libre de Enseñanza, en la suma numerosísima de gentes que no han sido alumnos en aquel centro y llegaron á conocer á don Francisco cuando ya su primera educación (y á menudo también la universitaria) estaba hecha. No cabe, seguramente, pensar la Institución sin don Francisco; pero la obra de éste se proyectó también afuera en una gran medida. Cierto que muchos de los hombres á quienes formó don Francisco ó en quienes influyó hondamente, se interesaron de un modo natural y lógico en la función docente de la Institución y entraron más ó menos en su órbita; pero otros permanecieron ajenos á ella, en pura simpatía ó interés ideal hacia su significación, pero moviéndose en una esfera de vida distinta, y muchos de esos no son por ello menos discípulos de don Francisco y representantes de lo fundamental de su influencia, ó de algunos aspectos principales de ella. Todavía cabe decir, para precisar más el hecho que estamos señalando (esto es, el carácter personalísimo de la acción educativa de don Francisco y la distinción entre los efectos de este género que se produjeron á través de la Institución, y los que obtuvo sin que ésta mediase), que una gran parte de los hombres verdaderamente *nuevos* en espíritu que él formó y de los que la opinión designa como representantes ideales de la Institución, no recibieron la acción

docente de ésta, sino la de don Francisco, en su cátedra universitaria ó en la relación general que la vida procura á cada paso por muy diferentes caminos.

El efecto de su espiritualidad era tan poderoso, tan grande la autoridad de su pensamiento y de su ejemplo vivo, que allí donde se ejercían con alguna continuidad daban resultados sorprendentes; y aun no fué raro el caso en que una primera conversación bastó para despertar un alma y ligarla fundamentalmente al alma del maestro, á pesar de las interrupciones de relación ó de las fluctuaciones que el poderío del medio ambiente imprimía en muchas de ellas.

Por todo eso, su acción ha sido muy difusa, y muestras de ella se encuentran á veces en personas y lugares de escasa comunicación con lo que se considera como su núcleo.

De esa condición personalísima de su influencia nace que se haya ejercido, más que á través de lo que escribió en libros, de lo que dijo en conversaciones y aconsejó ó sugirió en cartas, es decir, siempre en un terreno privado é íntimo (en gran parte fué así también su cátedra universitaria), que hizo de su acción una verdadera cura de almas. Confesor de muchas fué y director espiritual insuperable; y como tal, gran parte de su vida estuvo entregada al diálogo que semejante menester exige, mil veces más eficaz que el más vibrante libro. Por ello, también, su cuarto de estudio era á



GINER DE LOS RÍOS Á LOS DOCE AÑOS

modo de gabinete de consulta por el que desflaban á diario teorías de gentes en busca de guía para sus actos, de consuelo para sus penas, de luz para sus pensamientos.

No todos los influidos han tomado y hecho suyos, claro es, todos los aspectos de la doctrina educadora, ni en todos han florecido los mismos efectos de ella; pero en ninguno falta, aun en los más descarriados, la impresión indeleble de aquel contacto espiritual que en alguna ocasión de la vida, por lo menos, fué guía decisivo y salvó de los escollos de la vulgaridad, del egoísmo ó del orgullo.

Es indudable, no obstante, que no pueden llamarse con razón *discipulos* de don Francisco, ni invocar su herencia, sino los que fundamentalmente, en lo más y lo mejor de su vida, dirigen su conducta (no sólo su palabra, pero también ésta) según la norma moral que constituyó la base de la doctrina y de la conducta del maestro.

Algunas veces, ó por vanidad que á pocos engañaba, ó por baja adulación que á don Francisco siempre repugnó (también por ignorancia real de lo que era y pensaba el maestro), hubo personas totalmente alejadas de su modo de ser y de conducirse, que se decían discipulos de don Francisco. Éste acogía tales parentescos espirituales con una sonrisa de lástima ó con un gesto de honrada indignación, según los casos. Ahora, ante el espectáculo de hombres que en su conducta intelectual ó moral (ó en ambas) contradicen plenamente las en-

señanzas y el ejemplo de don Francisco, siendo la negación de su sinceridad científica, de su patriotismo desinteresado, de su respeto á las ideas, de su falta absoluta de egolatría, de su pureza de intención y de obra, y no obstante quizá pretenden pasar por discípulos y herederos suyos, aprovechando la singularidad del instante, si hay una segunda vida espiritual y desde ella puede ver don Francisco estas cosas, sentirá, sin duda, la suave y melancólica ironía que las contradicciones y engaños de la humanidad hacen brotar de los espíritus serenos... Si don Francisco volviese á la vida, echaría de su templo á muchos de esos fariseos; á otros los perdonaría con su inagotable bondad. Pero no sé qué sería preferible de ambas cosas, porque el perdón de hombres como aquél, tan superiores, suele dejar más amargura en el alma de quienes son capaces de amargura, que el latigazo más cruel y más duro.



## GINER Y SU INFLUENCIA SOCIAL Y JURÍDICA